

Capítulo VIII

PAROLE versus LANGUE

Si recordamos que una lengua es, además de instrumento de comunicación, la concreción de los hábitos mentales y psíquicos de un pueblo, su forma categorial y unitaria de interpretar la experiencia en todos sus aspectos, su hermenéutica pre-intelectual del Ser en la orientación del devenir, y que sólo por eso es ámbito de comunidad, fundamento por ende de comunicación, si recordamos que entre lo real y nosotros se interponen los sistemas simbólicos para construir un cosmos nuestro, adaptado, además, nuestros orígenes que están afortunadamente al alcance de la investigación histórica, y nos preguntamos al mismo tiempo ¿cuál es nuestra lengua de nosotros los mestizos latinoamericanos?, nos encontramos con la inquietante respuesta de que no tenemos lengua alguna en el sentido más pleno de la palabra, pues los idiomas de las culturas africanas que participaron en nuestra formación no nos pertenecen de hecho, porque los esclavos negros los olvidaron, ni de iure porque no somos africanos, los idiomas indígenas no son de hecho de nuestros por fueron desplazados y se encuentran en proceso de desintegración, ni de iure porque no somos indios, el español y el portugués son aparentemente nuestros de hecho porque los utilizamos como instrumento de comunicación, pero no lo son en plenitud porque no somos ni españoles ni portugueses, i. e., porque las experiencias históricas, las idiosincrasias y el estilo hermenéutico fundamental y unitario que intervinieron en su constitución no fueron los nuestros.

El enajenamiento originario implícito en el hecho mismo del lenguaje – exteriorización y objetivación de la inconsútil intimidad primigenia en sistema de signos- se une, para nosotros, el extrañamiento de segundo grado, que consiste en tener que utilizar, como instrumento de comunicación, el español y el portugués, lenguas fundamentalmente extrañas a nuestra idiosincrasia mestiza.

No podemos encontrar nuestra voz, porque no tenemos lengua propia; lo que queremos decir se altera al formularlo, las estructuras lingüísticas que manejamos son ajenas a lo que nos es más singularmente propio, nuestra intención semántica más pura y clara se contamina y oscurece al embarcarse en un léxico y una sintaxis donde todavía resuenan el estruendo de las armas y la organización romanas, los combates entre moros y cristianos, el grito de guerra de marino imperiales, los ruidos del mecanismo mental de reyes sabios, espectrales y lejanos, un léxico y una sintaxis coloreados por paisajes ultramarinos y habitados aún por canciones antiguas y ajenas.

La tragedia lingüística de Latinoamérica, desde el punto de vista de la expresión y desarrollo de su heterogénea idiosincrasia mestiza, consiste en no haber fragmentado el portugués y el español en dialectos disímiles para formar nuevas lenguas nacionales con sistemas categoriales diferentes, porque diferente es su mentalidad, con formas internas nuevas, porque nueva es su interpretación del mundo y nueva su actitud ante la vida. La expresión de la idiosincrasia, desde el punto de vista de la lengua, se ha quedado en conato frustrado, en impulso reprimido, en paralizado movimiento. Los cambios locales de forma interna en el ámbito restringido de una actividad especializada, están supeditados a la Forma Interna global que confiere al sistema de la lengua su unitaria integridad.

Es más: hasta donde podemos ver el futuro a partir de las circunstancias y tendencias imperantes en el presente, la formación de lenguas nacionales en Latinoamérica es altamente

improbable, podríamos decir imposible. Las condiciones de todo orden que caracterizaron la caída del Imperio Romano son muy diferentes de las que prevalecen en el mundo actual. Entonces fue posible el surgimiento de lenguas nacionales a partir del latín por el libre juego que tuvo el sustrato lingüístico y psíquico en tu tendencia a crear formas nuevas; las flamantes nacionalidades tuvieron tiempo de desarrollarse y expresarse en patrones culturales originales que en todo momento hallaron manifestación y auxilio en el paralelo proceso evolutivo de las nuevas lenguas, como podemos verlo, para el francés, en un admirable estudio diacrónico de Karl Vossler²⁶⁷. El derrumbe del imperio colonial español en América no fue favorable a la formación de dialectos: las guerras de independencia implicaron grandes desplazamientos humanos, enormes contingentes de soldados se trasladaban de una región a otra, de un país a otro y se ponían en contacto con poblaciones diferentes, de manera que actuaron como factor lingüístico de nivelación y favorecieron poderosamente la tendencia al intercourse, a la lengua general. Conviene destacar la importancia de este hecho cuando se trata de explicar la portentosa unidad del español en América. Los “pronunciamentos”, las “revoluciones”, la toma sucesiva del poder por caudillos de diferentes regiones, las invasiones “liberadoras”, las guerras civiles –fenómenos éstos tan característicos de la historia republicana de América- trabajaron también y trabajan todavía, en cada país, a favor de la unidad lingüística, pues impiden el aislamiento regional con la consecuente posibilidad de divergencias idiomáticas. Lo mismo puede decirse de los partidos políticos que, en el proceso de consolidación de regímenes democráticos, se ven obligados a enviar demagogos a los más apartados rincones de cada nación, demagogos que en la mayoría de los casos no disponen, para su labor proselitista y electoral, de otro recurso que su habilidad oratoria; por otra parte, sus programas y promesas están formulados en un estilo internacional debido a la similitud de los problemas y a la internacionalización de las ideologías políticas. No podemos olvidar las constantes migraciones internas, del campo a la ciudad, de ambos a centros de obtención de materias primas o de industrialización o de construcción, ni los viajes periódicos de los “braceros” en la época de las cosechas; eso también contribuye al afianzamiento de la lengua general y contrarresta las tendencias dialectales.

En el mismo sentido trabajan otros factores estrechamente ligados al progreso técnico: el aumento y agilización de las vías y vehículos de comunicación, la ubicua inundación de aparatos radiofónicos, transmisores y receptores a los cuales viene a sumarse la televisión, lo que podemos llamar institucionalización del cinematógrafo, a gigantesca producción de las imprentas y multígrafos en toda clase y calidad de publicaciones... Agreguemos la instrucción pública obligatoria y el hecho de que las escuelas normales obedecen a patrones internacionales.

Sin embargo, de no haber mediado estas circunstancias, el español y el portugués se hubieran fragmentado en dialectos y hubieran dado lugar a lenguas nacionales. No otra cosa puede esperarse de lenguas impuestas sobre sustrato heterogéneo cuando cesa la fuerza que las implantó. A este respecto, señaló, en 1920, Max L. Wagner la asombrosa similitud que existe entre las incoantes tendencias del latín vulgar que, a la caída del Imperio Romano,

²⁶⁷ Karl Vossler, *Frankreichs Kultur im Spiegel seiner Sprachentwicklung*, Karla Winters Universitätsbuchhandlung, Heidelberg, 1913. Cfr. Del mismo autor *Zur Entstehungsgeschichte der französischen Schriftsprache*, en la *Germanisch-romanische Monatsschrift*, 1911

auspiciaron el nacimiento de las lenguas romances²⁶⁸. María Rosa Alonso enumera las características comunes así: “Arcaísmos, cultismos, neologismos, preferencias, ampliación o reducción de significado, formaciones con prefijos y, sobre todo, sufijos preferidos unos a otros, necesidad de encontrar la voz orgánica rápidamente, inclinación por el futuro perifrástico ante el orgánico”²⁶⁹. Pero ambos concuerdan en considerar difícil e improbable la formación de lenguas nuevas equiparables a las románticas. Uno de los argumentos de María Rosa Alonso nos ha llamado la atención por lo que tiene de aguda observación psicológica y de secreta intención normativa: “(La lengua no se fragmenta)..., porque se tiende a borrar e hecho diferencial, lo típico, a fin de que el escritor sea leído en todo el mundo hispanoamericano, sin el léxico auxiliar que antes precisaba toda literatura ‘nativista’ y porque cada día es menos provinciana Hispanoamérica en este sentido...”²⁷⁰.

¿Podemos decir, entonces, que el sustrato lingüístico y psíquico ajeno a las estructuras de las lenguas dominantes, el español y el portugués, ha desaparecido, está desaparecido o desaparecerá? De ningún modo. Ese sustrato se manifiesta poderosamente, pero no en la lengua (*langue*), sino en el habla (*parole*), dando lugar a un enrevesado contrapunto, a un tejido cuya urdimbre es incomprensible mientras no se distingan los hilos principales. El sustrato está siempre presente en la actitud creadora del hablante y tiene a desarticular la lengua, pero ésta resiste y se mantiene casi ilesa por las razones ya anotadas, de manera que el sustrato, al fracasar reiteradamente, invade el campo del habla produciendo los curiosos fenómenos que dan a Latinoamérica sus facies peculiar desde un punto de vista lingüístico. Esta es, en nuestra opinión, la clave de las claves, la clave suprema para comprender todos los fenómenos lingüísticos que pueden llamarse específicamente latinoamericanos: sólo que para aprehenderla y usarla adecuadamente, no bastan los esquemas conceptuales de la lingüística general y de la filología, sino que es necesario recurrir también a la psicología del lenguaje.

Explicemos ante todo las consideraciones que dan origen a la distinción entre lengua (*langue*) y habla (*parole*).

El hecho lingüístico humano presenta in re aspectos diversos que los idiomas captan y expresan intuitivamente de manera varia en el léxico y la ciencia trata de definir con exactitud mediante conceptos bien delimitados.

Sirvan de ejemplo las siguientes oraciones:

1. El lenguaje es prerrogativa del hombre.
2. La lengua húngara es, para nosotros, difícil de aprender.
3. Esa señora perdió el habla a causa de un violento trauma psíquico. En la primera oración, la palabra lenguaje designa la potencia, posibilidad o facultad que tiene el hombre de servirse de un sistema acústico de signos, susceptibles de fijación gráfica, para formular y comunicar pensamientos, sentimientos y deseos; en la segunda oración, la palabra lengua

²⁶⁸ Max L. Wagner *Amerikanisch-Spanisch und Vulgärlatein*, en *Zeitschrift für romanische Philologie*, XL, 1920. Hay traducción española: *El español de América y el latín vulgar*, en el *Boletín del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires*, I, 1924, pp. 45-110. Cfr. María Rosa Alonso, *Sobre el español que se escribe en Venezuela*, The Dolphin Book, Co. Ltd. Oxford, 1964 (tirada aparte de las Actas del Primer Congreso Internacional del Hispanistas), pp. 10 y 11.

²⁶⁹ María Rosa Alonso, op. cit., p. 10

²⁷⁰ *Ibid.* (El subrayado es nuestro). Cfr. de la misma autora y con el mismo título el trabajo de ascenso presentado en la U.L.A., Mérida, 1963, pp. 63-64.

designa un sistema concreto de signos, desarrollado históricamente, que sirve como instrumento de expresión y comunicación a un pueblo determinado; en la tercera oración, la palabra habla designa la actividad lingüística, la realización individual de los actos psicofísicos mediante los cuales se actualiza el lenguaje en el manejo de la lengua.

Cuando Guillermo de Humboldt practicó esta distinción se vio obligado a utilizar palabras griegas, pues el alemán, para expresar los conceptos lenguaje, lengua y habla, sólo dispone de un vocablo: Sprache; así habló, con terminología para-aristotélica, de Sprache como *dynamis* (potencia, posibilidad), Sprache como *érgon* (objeto, producto cultural) y Sprache como *enérgeia* (actividad, actualidad). George von der Gabelentz estableció una distinción similar entre Sprache como bien común de la humanidad (i. e., donde expresar verbalmente los pensamientos común a todos los pueblos de la tierra), Sprache como conjunto concreto de medios expresivos que están a la disposición de un pueblo (español, árabe, chino, quechua) y Sprache como fenómeno de actividad individual²⁷¹. Pero fue Ferdinand de Saussure quien posteriormente hizo célebre esa distinción tripartita con los vocablos *langage*, *langue* y *parole*, respectivamente²⁷²; es indudable que en su tarea fue auxiliado por la lengua francesa, que le ofreció esos términos ya hechos; sin embargo, la voz francesa *parole* es ambigua, pues designa a la vez el acto y el producto del acto, lo que ha llevado a no pocas confusiones. Karl Bühler propuso una distinción cuatripartita (*Sprechhandlung*, *sprachgebilde*, *Sprechverkehr des Alltags* y *Sprachwerke*)²⁷³, y H. Delacroix, descomponiendo *parole* en un aspecto psíquico (*parler*) y otro acústico-motor (*parole*), llegó también a una distinción de cuatro términos (*langage*, *langue*, *parler*, *parole*)²⁷⁴. Para lo que F. De Saussure quiso significar con *parole* nos parece más adecuada la voz castellana habla; no obstante, hemos utilizado en el título de este capítulo la terminología saussuriana por una tendencia a lo general, pues sabemos que es la más conocida en nuestro medio debido a la difusión que le ha prestado Amado Alonso, y para subrayar con palabras extranjeras la distinción que tan importante nos parece en el examen del fenómeno lingüístico latinoamericano²⁷⁵.

El latín distingue entre *lingua* (*langue*) y *sermo* u *oratio* (*parole*), el griego entre *glossa* y *lógos*; de las lenguas modernas, el inglés distingue entre *language* y *speech*, el sueco entre *sprak* y *tal*, el árabe entre *lisan* (*lingua*) y *kalam* (*oratio*), el holandés entre lengua como sistema objetivo, como creación cultural, como bien social trasubjetivo y supraindividual (*érgon*) transmitido en el proceso de aculturación, y el habla como actividad psicofísica individual (*enérgeia*), como uso y manejo *hic et nunc* del haber léxico.morfológico y de las leyes sintácticas-fonológicas pre-existentes en el sistema de la lengua.

El hablante individual, al usar la lengua de su comunidad, tiene que ceñirse a ella, pues de otra manera no podría comunicarse, pero emplea los medios lingüísticos que están a su disposición de manera personal. No hay dos personas cuya habla sea idéntica. – H. Paúl

²⁷¹ George von der Gabelentz, *Sie Sprachwissenschaft*, 2ªed., Tauchnitz, Leipzig, 1901, p. 3 y s.

²⁷² Ferdinand de Saussure, op. cit., pp. 11-20.

²⁷³ Karl Bühler, *Sprachtheorie*, 1934, p. 48 y s.

²⁷⁴ H. Delacroix, *Le langage et la pensée*, 2º ed., p. 2 y s.

²⁷⁵ El castellano es rico en vocablos que designan aspectos del hecho lingüístico: lenguaje, idioma, palabra, verbo, discruso, habla, jerga, jergonza, galimatías, etc.

llegó a sostener la tesis extrema de que sólo existen lenguas individuales²⁷⁶. Esto nos plantea el problema de la relación entre servidumbre y libertad en el uso lingüístico. Antinomia tal, la coexistencia de opuestos, puede aclararse de la siguiente manera: cuando se dice que la lengua es un sistema de signos convencionales, no se quiere significar que éstos debe su existencia a una convención o contrato o acuerdo, sino que no están ligados a los conceptos y a las cosas de manera natural o necesaria, i. e., que son producto de una evolución cultural, históricosocial, contingente, y hubieran podido devenir diversamente, que los semantemas, morfemas, sintagmas, fonemas y leyes combinatorias, en otras circunstancias, hubieran podido desarrollarse de otra manera, que la lengua no es herencia biológica sino cultural; la participación consciente de la razón humana ha sido mínima en la formación y evolución de la lengua de manera que ésta no constituye un sistema de correspondencia exactas e inequívocas entre signos lingüísticos, conceptos y objetos; así, un mismo concepto puede ser expresado con palabras diversas y una misma palabra tiene, por lo general, varios significados a veces muy divergentes, un mismo estado de cosas y un mismo acontecimientos pueden describirse y narrarse respectivamente con recursos verbales disímiles, y la misma descripción o narración se presta por lo general a interpretaciones diferentes. Esta constante posibilidad de confusión semántica en la relación humana ofrece un aspecto positivo, porque diversifica y multiplica las opciones en el uso de los recursos lingüísticos. El hablante, pues, ha de ceñirse a la lengua para comunicarse, pero es libre en cuanto puede elegir entre los elementos y múltiples variantes combinatorias que le ofrece el sistema; el propio fonema admite un amplio radio de modificación sin perder identidad²⁷⁷.

La reducción, en Latinoamérica, del influjo sustratista al campo del habla, hace que ésta sea muy fluida y produzca fenómenos de virtuosismo cuasi acrobático en su empeño por dar expresión a la idiosincrasia latinoamericana sin romper la estructura de la lengua. Pueblos más afortunados que nosotros tiene categorías lingüísticas en las cuales se ha expresado y fijado su carácter nacional.

El fenómeno lingüístico latinoamericano se caracteriza por un lucha entre la actitud nueva y creadora del hablante mestizo, y la actitud fijada y codificada en la lengua (española o portuguesa). Una lucha entre el alma del pueblo y el espíritu de la lengua.

Veamos con mayor detenimientos algunos aspectos de esta problemática:

1.

Un portugués en el Brasil (o un español en cualquier país hispanoamericano) comprende claramente lo que se le dice, con excepción de los localismos, pues la lengua funciona como instrumento de comunicación; pero le queda la sensación de no haber captado algo que acompaña lo dicho; le queda una impresión de extrañeza que puede transformarse en curiosidad o desconfianza; cuando lee periódicos u obras literaria americanas sabe que está leyendo algo escrito en su propia lengua, pero se da cuenta con mayor o menor intensidad de que se encuentra ante un etilo diferente de aquél a que estaba acostumbrado. Inversamente, el latinoamericano comprende lo que dice el peninsular, pero

²⁷⁶ H. Paul. *Principien der Sprachgeschichte*, 5ª ed., 1920. Esta inclinación nominalista tiende a desconocer una función primaria y esencial del lenguaje: la comunicación; pero acierta al señalar el hecho de que aun la comunicación mejor lograda deje siempre en el hombre una reserva involuntaria e inevitable de soledad y de sombra.

²⁷⁷ Vide: La identidad del fonema de Amado Alonso en op. cit., (Temas españoles), pp. 308-14.

no logra un ámbito de intimidad en la comunicación, siente que éste no reacciona ante implicaciones, sugerencias o alusiones de lo dicho y puede juzgarlo tonto o antipático.

Esa mutua impresión de extrañeza se origina, por una parte, en el diverso acento y en la distinta manera de elegir palabras y giros idiomáticos; pero, por otra parte y, sobre todo, en la disímil vivencia de la lengua. En efecto, además de servir de instrumento de comunicación, los signos lingüísticos se cargan de valores afectivos, éticos y estéticos, de manera que la fuerza variable del tono emocional, del eco verbal, de los matices de significación, de los significados secundarios, de las asociaciones fonéticas, de las resonancias mnésicas, sólo puede ser percibida, calibrada adecuadamente y correspondida por quienes, además de comunidad de lengua, tiene comunidad de sensibilidad, basada está en comunidad de historia, de problemas y de actitud ante la vida. La Península y Latinoamérica tienen comunidad de lengua, pero no comunidad de vivencia lingüística.

La peculiar manera americana de vivir la lengua la ha ido tiñendo sutilmente, le ha ido imprimiendo valores afectivos, éticos y estéticos que resultan incomprensibles para el peninsular desprevenido en los raros casos en que siquiera los advierte.

2.

George von der Gabelentz sostuvo que el habla se mueve a lo largo de la diagonal de dos fuerzas: la tendencia a la economía de esfuerzo que conduce al descuido en la pronunciación, y la tendencia hacia la claridad que impide la destrucción de la lengua²⁷⁸. Willy Hellpach describe la primera tendencia así: “La dejadez habitual en el habla es un caso del principio psicológico de comodidad (llamado pretenciosamente ley de economía); nosotros, los hombres, tenemos la propensión a hacer sólo el mínimo esfuerzo necesario para obtener nuestros fines... Los seres humanos hablan con tan poca claridad que apenas pueden entenderse a medias. Cuando se les deja a solas con la lengua y no se ejerce sobre ellos una presión normativa, se entregan a una creciente dejadez en el habla (Sprechalässigkeit), cuyo elemento más característico y notorio es la dejadez fonética: omisión, fusión, confusión y debilitamiento de sonidos y grupos de sonidos”²⁷⁹. Es indudable que la primera de estas tendencias triunfó en Latinoamérica; atribuimos ese triunfo, por una parte, al hecho de que grandes poblaciones no europeas, en acelerado proceso de mestizaje, se vieron obligadas a aprender español o portugués muy rápidamente, y por la otra, al hecho de que las relaciones humanas funcionaron bajo un signo pragmático: la conquista, la colonización y la explotación de las riquezas naturales, junto con sus peligros, dificultades y métodos primitivos, impusieron a la vida y a la lengua una actitud orientada por principios utilitarios que disminuían y debilitaban la tendencia a la claridad y la belleza formales. Debe recordarse, además, que el mestizaje no fue el producto de una sutil y matizada comprensión amorosa entre pueblos hermanos ansiosos de colaborar; dejó heridas que acaso sangran todavía en el alma mestiza; consta que negros e indios, antes y después de ser sojuzgados, lucharon heroicamente por su libertad y trágicamente fracasaron. El mestizo, que heredó la secuela psíquica y social de esos conflictos, en pelea incesante con sus problemas, ¿podía dedicar tiempo, esfuerzos, entusiasmo al cultivo de formas refinadas

²⁷⁸ Georg von der Gabelentz, op. cit., p. 235.

²⁷⁹ Willy Hellpach, *Einführung in die Völkerpsychologie*, 1938, pp. 59-60.

de convivencia en el cumplimiento de códigos lingüísticos de corrección y cortesía? Para el oído de los oprimidos no es musical la lengua de los amos.

El habla de Latinoamérica se caracteriza por la dejadez fonética, por la incuria en el manejo de las formas sintácticas, por el uso inmoderado de vulgarismos, por la chabacanería campechana, por el recurso mímico-gesticulatorio para terminar la oración mutilada. Muy acertadamente escribe Entwistle: “Español correcto es la lengua hablada realmente por una minoría selecta de españoles europeos, pero no puede ser usado por un hispanoamericano sin la consciencia de divergir del habla ordinaria.

Para él, es español correcto es adquirido; y por esa razón, sin duda, los grandes preceptores del idioma español han sido hispanoamericanos: Bello, Baralt, Caro, Cuervo”²⁸⁰. Compárese la declaración tan interesante del profesor brasileiro J. Ribeiro: “... cuando corregimos nuestra lengua, no es nuestra lengua lo que corregimos; es nuestro espíritu lo que sometemos a una servidumbre inexplicable”²⁸¹. Esa consciencia de divergir de la lengua correcta que lleva ora a la insoportable pedantería de los puristas y salvadores de la lengua, ora a la ridícula proclamación de la existencia de lenguas nacionales, nos interesa ahora por otra razón: el uso rústico y plebeyo de la lengua en Latinoamérica está compensado por lo que nosotros queremos llamar habla ceremonial.

En todas partes hay una diferencia entre el habla ordinaria y la que se usa en ocasiones especiales; pero en Latinoamérica la distancia es considerablemente mayor. El habla que llamamos ceremonial no se limita a los debates parlamentarios, los discursos de los ‘meetings’ políticos y fiestas nacionales o religiosas, las oraciones fúnebres; invade actividades sociales menos propicias a la grandilocuencia. Cuando los amigos se reúnen para celebrar un cumpleaños, un bautizo, un ascenso, el regreso de un ser querido del extranjero o de la cárcel, etc., nunca falta alguien que, espontáneamente o incitado por los otros, diga unas palabras. Este decir unas palabras ocurre en tono muy ceremonial e implica el uso de vocablos, expresiones y giros que nadie osaría emplear en el habla corriente. Cada quien (también los analfabetas) posee un repertorio más o menos amplio de tales recursos verbales extraordinarios que reserva para esas ocasiones y al cual se califica en algunas regiones de dominguero. Obsérvese la relación entre ese fenómeno lingüístico y la costumbre de endomingarse en lo que se refiere al arreglo personal: la diferencia entre la ropa de trabajo y la ropa de fiesta es tan grande como la que existe entre el habla ordinaria y el habla ceremonial.

Las castas privadas, aun las que se dirigen a buenos amigos y a familiares cercanos, se redactan en términos que producirían hilaridad en el trato personal. La conservación parcial de fórmulas barrocas peninsulares obedece quizá al imperio de un código no formulado puesto en práctica por los escritores profesionales de cartas; no pocas personas obtienen entradas adicionales todavía amplia de analfabetas en las vastas regiones donde la instrucción pública no ha logrado aún enseñar las primeras letras²⁸². Sin embargo, el hecho de que personas ‘alfabetizadas’ y hasta ‘gamadeltizadas’ desde la infancia sientan la escritura de cartas como ocasión ceremonial revela que perdura el prestigio mágico de la fijación gráfica del

²⁸⁰ W.J. Entwistle, op. cit., p. 248. para ejemplos de la dejadez en el habla vide *ibid.*, pp. 258-267. y Rafael Lapesa, *Historia de la lengua española*, 3ª ed., Escelicer, S.L. Madrid, 1955, pp. 343-344.

²⁸¹ Joao Ribeiro, op. cit., loc. cit.

²⁸² Recuérdese, además, que en España el escribir cartas llegó a ser una profesión libre o uno de los deberes del sacerdote (Escribidme una carta, señor cura...”).

habla, tan característico de las naciones donde la grafía no se ha convertido en patrimonio del pueblo.

Rafael Lapesa afirma que “En general, la separación entre la lengua escrita y el habla es en América más honda que en España. Salvo en la producción costumbrista o de tipo popular, los dialectismos y vulgarismos admitidos en la conversación no pasan a la escritura. Frente al criterio de libertad y abandono se levanta la preocupación purista”²⁸³. María Rosa Alonso, en su valioso trabajo “Sobre el español que se escribe en Venezuela”, como resultado de haber detenido su atención con interés “ante la lengua escrita, no por el estilista o escritor de categoría, en un libro, que es siempre labor artificiosa, como labor de arte individual que es, sino ante la espontaneidad más natural del artículo de periódico, y, sobre todo, ante la prosa del trabajador de prensa, que titula e informa con la acuciante rapidez de la hora diaria, sin firmar, claro es, su escrito”, señala la profusión sorprendente en el uso de nombres abstractos, el gusto por los cultismos y la preferencias de neologismos²⁸⁴. Una de las raíces de esos fenómenos es, sin duda, la actitud ceremonial que preside todo trabajo escrito, en oposición al abandono del habla ordinaria; cuando esa actitud funciona, no la detiene ni siquiera la acuciante rapidez de la hora diaria; la espontaneidad natural es sustituida por una forma interna que exige refinamiento, distinción, sentido de importancia.

En este uso ceremonial de la lengua vemos una de las causas de otro fenómeno, que ha sido observado con desesperación y padecido con impaciencia por los intérpretes que hacen traducciones orales simultáneas, del español o el portugués a otros idiomas, en las conferencias de organizaciones internacionales: los representantes de Latinoamérica discurren en largo y complicados períodos que, en opinión de los intérpretes, no dicen nada o muy poco y, en todo caso, podrían acortarse considerablemente sin perder contenido. Los intérpretes que cordializan con ellos en cafés, bares, clubes, embajadas y restaurantes han observado también que, entre amigos, son capaces de decir lo mismo con toda claridad “en dos platos”, “in a nutshell”, “in zwei Worten”, i. e., brevemente. La separación entre el habla ordinaria y el habla ceremonial es tan honda que el uso de la primera en una asamblea ceremonial es tan honda que el uso de la primera en una asamblea resultaría grosero, y la simplificación de la segunda estaría en contra de su sentido de solemnidad.

Cabe agregar que muchas de las palabras, expresiones y giros del repertorio dominguero, además de contener a menudo ultracorrecciones, pueden ser totalmente desconocidas en su significación tanto por los oyentes como por el hablante. Pero eso no importa; importante es el tono de la voz, el ritmo de las oraciones, la solemnidad, el aire de ceremonia.

Todo esto tiene sin duda mucho que ver con los actos ceremoniales propiamente dichos de Latinoamérica: la pompa del rito católico, la misa y los sacramentos en latín, la oratoria sagrada de los sermones, en contraste con la llaneza y sencillez formales de la vida diaria; pero también con las proclamas, proclamaciones, declaraciones, manifiestos y arengas tan característicos de la vida política y militar latinoamericana; nuestra historia está llena de retórica.

²⁸³ Rafael Lapesa, op. cit., p. 345

²⁸⁴ María Rosa Alonso, op. cit., pp. 2-9. En el trabajo de ascenso (de la misma autora) a que hemos hecho referencia, enumera 18 cultismos (circuido, evento, expender, pertinacia, receso, necroscopia, uxorcidio, etc.) 88 neologismos no registrados en el Diccionario de la Academia Española y preferidos a las voces ya existentes en el idioma (abalear, ahorrista, celebrizada, cabalidad, contingentamiento, etilismo, experticia, obsolescencia, lealtismo, inorganicidad), 37 arcaísmos y unas 32 preferencias.

En conclusión, de las dos tendencias señaladas por Gabelentz –la una hacia la dejadez por economía de esfuerzo, la otra hacia la claridad y el adorno formal por el predominio de factores ético-estéticos de vario origen- en el habla de Latinoamérica ha triunfado la primera, pero la segunda no ha desaparecido, sino que se ha concentrado con inusitada fuerza en focos particulares de la actividad lingüística que queremos llamar situaciones ceremoniales. Obsérvese la analogía entre este fenómeno del habla y dos fenómenos extralingüísticos: la existencia de élites supercultivadas entre grandes masas ignorantes, y la existencia de minorías oligárquicas dueñas de la tierra, de los medios de producción y del capital entre inmensas mayorías proletarias²⁸⁵.

3.

Durante el dominio colonial español correspondió al sistema de castas un código de cortesía que fue estricto en sus títulos y fórmulas, y cuya violación resultaba peligrosa. Jorge Juan y Antonio de Ulloa describen la situación para 1748 en el Perú²⁸⁶ y sobre México en 1812 instruye una excelente novela de Charles Sealsfield²⁸⁷

En el curso de las guerras de independencia dejó de vigir ese código al ser abolido el sistema social que le servía de base, y hubo ciertos indicios de la formación de uno nuevo en reflejo de las nuevas condiciones sociales; así surgieron títulos como libertador, héroe, prócer, padre de la patria, para dirigirse a los jefes triunfantes de la emancipación; pero las nuevas condiciones sociales no fueron muy estables, no fue raro que un prócer se convirtiera en dictador y los nuevos títulos de benemérito, benefactor, protector, ilustrísimo, usados por áulicos adulantes perdieron todo prestigio al convertirse los así titulados en criminales, traidores y ladrones al alba de los violentos cambios políticos sucesivos.

El tratamiento de don comenzó a usarse desde el siglo XVI para los que se habían destacado y enriquecido en la conquista y la colonización, cuando en España era todavía privilegio efectivo de los caballeros, que no alcanzaba a los hidalgos²⁸⁸. Actualmente es uno de los pocos tratamientos con significado fijo, se aplica a personas respetables y es independiente de las vicisitudes políticas.

El plural de tú es vosotros, pero en América ha desaparecido casi totalmente; se usa sólo en el habla ceremonial de los discursos y entonces es frecuente combinarlo grotescamente con formas pronominales que no le corresponden; en su lugar se usa ustedes en el habla corriente. La distinción tú-usted se limita, pues, al singular: un padre que tutea individualmente a sus hijos, dice ustedes cuando se dirige a varios; a un amigo se le dice tú, a varios ustedes. Sin embargo, el asunto presenta sutiles matices: en el curso de una misma conversación se puede tratar a la misma persona de tú y de usted, al amigo o al cónyuge se le puede tratar repentinamente de usted acaso para crear una pequeña distancia momentánea

²⁸⁵ Otra manifestación de la segunda tendencia puede verse en la hermosa costumbre de oír a declamadores y recitadores de poemas, y en la proliferación de poetastros.

²⁸⁶ “Es tanto lo que cada uno estima la jerarquía de su casta y se desvanece en ella, que si por inadvertencia se les trata de algún grado menos que el que les pertenece, se sonrojan y lo tienen a cosa injuriosa, aunque la inadvertencia no haya tenido ninguna parte de malicia; y avisan ellos al que cayó en el defecto que no son lo que les ha nombrado, y que no les quieran sustraer lo que les dio su fortuna”. Jorge Juan y Antonio de Ulloa, *Relación histórica del viaje a la América meridional*, Madrid, I, 41, apud Rosenblat, op. cit., II, p. 181.

²⁸⁷ Charles Sealsfield, *Der Virey und die Aristokraten oder México in Jahre 1812*, 2 vol., Robert Bein, Kommanditgesellschaft, Berlin, s/f, en la serie Charles Sealsfields exotische Kulturromane.

²⁸⁸ Vide A. Alonso, op. cit., *Temas Hispanoamericanos*, p. 70-71.

que permita recriminar o aconsejar amablemente. Además, hay una tendencia a evitar la segunda persona en los saludos, recurriendo a la tercera o a la primera del plural (¿Cómo está el amigo? ¿Cómo estamos?) quizá para evitar la elección entre tú y usted cuando es problemática, ya que en el singular no se ha logrado nada parecido al igualitario ustedes del plural.

“En la España del 1500 tú era el tratamiento que se daba a los inferiores o entre iguales con máxima intimidad; en otros casos, aun en confianza, se empleaba vos. Cuando se generalizó vuestra merced, tú resucitó para el trato familiar”²⁸⁹. El vos desapareció, pues, en España, no así en América donde domina en el trato familiar de Argentina, Uruguay, Paraguay, América Central y el estado de Chiapas (Sur de México); en Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Chile y sur del Perú y Bolivia alternan tú y vos según las regiones; en México y la mayor parte de Perú y Bolivia se adoptó el uso de tú y se eliminó el vos, porque, según Lapesa, estaban más en contacto con las costumbres españolas²⁹⁰. Con el vos se usan formas del plural del verbo que en España fueron abandonadas desde el siglo XVI; cantás, tenés, sabrés, salgás, etc. La oscilación entre el tú y el vos ha dado lugar a numerosas confusiones: es frecuente encontrar el vos con el verbo en singular o los pronombres te, tuyo (vos te volvéis vos eras), y el tú con un verbo en plural (tú sos, sentáte)²⁹¹.

La facilidad con que en Caracas cualquiera recibe en el trato callejero los títulos de maestro, poeta y doctor podría considerarse indicio de la tendencia general a destruir todas las formas de cortesía en la medida en que reflejen diferencias jerárquicas pues éstas son contrarias al espíritu de igualitarismo y “democracia” que parece prevalecer en la mayoría de los países latinoamericanos; se destruye el valor de esos títulos quebrándolos semánticamente mediante la bagatelización²⁹².

Con respecto a las formas verbales de la galantería, que son un aspecto de la cortesía, puede decirse que oscila entre el rebuscamiento “poético” y la pintoresca grosería de los “piropos”. Aunque se encuentran vestigios de la vieja cortesía española y conatos cambiantes de una nueva, Latinoamérica, no ha desarrollado un código de cortesía, i. e., la cortesía del latinoamericano no se ha fijado en fórmulas verbales sistemáticas que respondan a una concepción unitaria del trato humano; no se manifiesta en la lengua (*langue*), sino en el habla (*parole*). Nuestra cortesía se revela en la manera de hablar y tiene matices muy sutiles, ya que, no habiéndose automatizado en fórmulas fijas, conserva su autenticidad original y es más fina, delicada y sincera que la de los países que han esclerosado ya sus formas de convivencia.

4.

Al comentar la tendencia del venezolano por el cultismo, María Rosa Alonso se refiere a la voz “peculado” y dice: “peculado estuvo de moda en los primeros tiempos que siguieron a la caída de la dictadura del general Pérez Jiménez, y como la afición a la novedad

²⁸⁹ Rafael Lapesa, op. cit., p. 338 La repetición originó el paso de vuestra merced a vuesa merced, vuesarced, vuesañced... voace, vuçé, vuced, vusted, usted; en el siglo XVII estas últimas formas eran propias de criados y bravucones; pero, a pesar de ello, acabaron por generalizarse. (ibid., p. 245)

²⁹⁰ Ibid., p. 339.

²⁹¹ Ibid.; *bo* derivado de vos es general en papiamento, mientras *tó* sólo se emplea para el insulto. (ibid.)

²⁹² Los saludos, en el habla popular, se reducen con frecuencia a monosílabos cuando no a gruñidos o pequeños gritos sincopados.

y, por ende, la repulsión a lo permanente, es tan viva en el venezolano como su gusto por el cultismo, la voz ha quedado sin empleo en estos últimos tiempos”²⁹³.

Compárese esta observación de orden psicológico con la que hiciera en 1889 el perspicaz Harry Graf Kessler en su libro *Notizen über México*: “para la caracterización psicológica de los naturales (de México) dos rasgos son esenciales: la breve duración de los estímulos ordinarios y el rápido relajamiento de los arranques de la voluntad”²⁹⁴. Según Graf Kessler, estos dos rasgos, que no son sino manifestaciones de un cierto tempo psíquico, explican la índole peculiar de la vida mexicana, la necesidad de ejercer estímulos continuados de excitación nerviosa en todas las actividades, cuando se trata de lograr efectos psíquicos duraderos. Explican también, según él, la llamativa pintura de las iglesias, los métodos radicales de estímulo para el trabajo, las formas drásticas de la lucha política, etc.

También se ha dicho que los latinoamericanos son hombres del momento y que hasta ahora se han mostrado incapaces, salvo raras excepciones, del trabajo constructivo de gran alcance que exige, en la vida del individuo, el esfuerzo continuado de muchos años y, en la vida de la comunidad, el esfuerzo perseverante de muchas generaciones.

Es indudable que en el habla de Latinoamérica una gran cantidad de palabras, expresiones y giros tienen una vida breve, fluida, inestable; son comparables a lo que los demógrafos llaman población flotante; aparecen, se ponen de moda, se usan gozosamente y con gran entusiasmo durante meses, no a menudo durante años, y luego desaparecen para ser sustituidas por otras que corren la misma suerte. Al volver, después de varios años en el extranjero, nos encontramos con que los estudiantes no se fajan, sino que se puñalean, no hay que temer la impertinencia de los muñecos, sino la de los pavos y pavitos, ya nadie tiene cucarachas en la cabeza, sino que se monta un cráneo, por dondequiera hay policamburistas y extremistas que defienden una ideología periclitada y obsoleta en vez de ocuparse de las muchachas quedadas, y obscurantistas (ya no cavernícolas) que quieren retrotraernos a etapas definitivamente superadas; cualquier desprevenido turista en una elección universitaria podría pensar en una batracomiomaquia al notar la insistencia con que los unos llaman sapos a los otros, y los otras ratas a los unos; se disparan tiros al aire de los pulmones antes de hacer la operación café o la operación cupido, mientras flamantes instituciones se dedican a la extensión cultural.

En la literatura latinoamericana se nota una marcada preferencia por la poesía y el cuento; sería prolijo enumerar a los poetas y cuentistas, en cambio cuesta trabajo encontrar diez buenos novelistas o dramaturgos, en la filosofía y en la ciencia se cultiva el ensayo, no la obra sistemática de gran envergadura. ¿Será que se prefieren las obras cuya realización exige la concentración y el dispendio energético de horas o días y no de meses o años? No se ha podido erradicar de la educación secundaria y universitaria ni de otras actividades organizadas, también importantes, la costumbre de dejarlo todo para última hora y “salir del paso”, cuando ya es imposible esperar más, mediante un trabajo violento y agotador durante varios días con sus noches sostenido con el auxilio de excitantes nerviosos. Se diría que el

²⁹³ María Rosa Alonso, op. cit., p. 4 (El subrayado es nuestro).

²⁹⁴ “Das rasche Abklingen gewöhnlicher Reize, und das schnelle anclasen der Willensanläufe”, Harry Graf Kessler, *Notizen über Mexico*, 1889, citado y comentado por Bruno Petermann, *Das Problem der Rassenseele*, 1935, p. 192, y por Kainz, *Psychologie der Sprache*, I, 242.

latinoamericano es capaz de gigantescos esfuerzos momentáneos, pero no de la labor planificada y sistemática.

A esto se agrega un profundo sentido de lo heroico y una consciencia épica; se admira la proeza, el acto de valor en que se arriesga la vida y se juega el todo por el todo; se estima poco el silencioso trabajo constructivo. Aquí puede estar la raíz de la gran cantidad de términos y expresiones que a él se refieren (la mayoría inimpresionable) alaban la abundante dotación fálco-testicular del “macho”, sus enormes riñones, la insólita capacidad de su vejiga para contener sustancias como el tabaco, el largo alcance de su fuerza eyaculatoria comparable a la del caprino, y llegan a identificarlo en toda su integridad con el órgano genital del toro. A juzgar por ese despliegue verbal relacionado con la función reproductora, podría pensarse en la existencia de un culto de la generación, de la vida, en una afirmación de los valores vitales; sin embargo, el “machismo” implica también una disposición para la muerte; la búsqueda del peligro, el gusto por el riesgo supremo inducirán a pensar más bien en la existencia de un culto fanático, en una negación de la vida. Es interesante que todos los aspirantes a héroes (a machos triunfantes) están siempre dispuestos a derramar hasta la última gota de sangre, a morir matando por las convicciones que a la sazón sirven de superestructura intelectual a su temperamento, pero ninguno ha manifestado nunca que está dispuesto a vivir sesenta años trabajando todos los días por el triunfo de sus convicciones. Compárese en otro plano la increíble proliferación de los juegos de azar que alimentan la incuria cotidiana con la esperanza de un gran golpe de suerte que en un momento é lo que el trabajo sólo puede garantizar a largo plazo. Nunca ha calado aquello de nihil sine magno labore dedit deus mortalibus. Incluimos las conspiraciones “golpistas” entre los juegos de azar.

Compárese también en otro plano la predisposición constante del macho para la aventura erótica, para la seducción arriesgada, para el engaño amoroso, y su renuncia a la formación de hogar; el matrimonio, la vida conyugal y el consecuente deber de criar los hijos se sienten como carga pesada, como castigo del destino, y son por lo general el producto de decisiones bruscas, guiadas por la pasión, no obedecen a una planificación del futuro. A la pregunta “¿Cuántos hijos tiene usted? Es frecuente oír en Latinoamérica la respuesta jactanciosa “Que yo sepa, tantos” haciendo orgullosa alusión a supuestos o reales triunfos sexuales de macho irresponsable; esa respuesta quemaría de vergüenza los labios de un hombre de otros países o lo expondría a la justa persecución de la policía. No es extraño que sea común en Latinoamérica la alucinación que hace aparecer en los árboles, en las piedras, en las fuentes una mujer sola con un niño en los brazos: en el catolicismo latinoamericano el culto mariano ha desplazado el culto de los santos, de Jesús el Salvador y aun Dios Padre. En cientos de lugares, con multitud de advocaciones y cambiantes rasgos mestizos aparece la Madre celestial. ¿No habrá en ese culto exagerado a la Virgen una compensación por las madres reales, de carne y hueso, que deben enfrentarse al desamparo y a la miseria? Más del cincuenta por ciento de los latinoamericanos son hijos ilegítimos.

Las violentas reacciones que la alusión a la madre provoca en Latinoamérica podrían explicarse por el desencadenamiento de mecanismo subliminarios de resentimiento y de culpa; de resentimiento por la primera madre india y por la primera madre negra violadas, maltratadas, abandonadas en el principio de nuestra historia; de culpa porque el mestizo ha continuado la tradición de abandonar a la madre y al niño. Lo primero que llama la atención

del turista norteamericano o europeo en América latina es la enorme cantidad de niños mendigos.

Una serie de fenómenos lingüísticos, a los cuales corresponden fenómenos psicosociales, tiene a confirmar la observación de Harry Graf Kessler sobre México, pero que podría hacerse extensiva a toda Latinoamérica. ¿No podríamos ver una de las causas del fracaso del mestizo en resolver sus problemas sociales y de su permanente desasosiego en una discrepancia radical entre su temperamento y las formas culturales que se ha visto obligado a adoptar? ¿No indican las tendencias y estilo de su habla, de su parole, la propensión hacia una lengua inexistente cuyas estructuras coincidieran con su temperamento, hacia una lengua (*langue*) nonata que no tiene ya el derecho de nacer porque su nacimiento estaría en contra de todas las exigencias del mundo en que vivimos? El estudio de los fenómenos lingüísticos puede instruirnos acerca de los fenómenos psicosociales y viceversa.

5.

Al indicar las razones que, a su juicio, explican el tabú de madre entre nosotros, Angel Rosenblat, escribe: “Hay una sensibilidad muy afinada, casi hipersensibilidad, para todo lo que pueda ser doble intención o intención maliciosa. El que habla está pendiente del interlocutor, porque las palabras se tiñen con la intención del oyente y no se sabe hasta dónde pueden llegar”²⁹⁵. También de orden psicológico son las siguientes observaciones de Salvador de Madariaga: “El hispanoamericano, bajo su visa aparentemente superficial y fácil, esconde un paisaje anímico (“soulscapes”) mucho más sutil y matizado que el de los norteamericanos, salvo casos excepcionales. La vastedad, el esplendor y la variedad del mundo en que vivió el alma de las Indias, la amplia gama de culturas, estados de civilización, colores y orígenes raciales que contribuyeron a formarla, el complejo sistema de tensiones que surgió entre sus hombres, colores, clases, climas y reinos, la presencia vívida de influencias lejanas, la del Rey de España con sus Grandes y sus Consejos, y la del Señor del Cielo y sus Santos, las vicisitudes de la fortuna causadas por tormentas, terremotos, piratas, indios salvajes, la Inquisición, la justicia y la injusticia oficiales, el favor o la ira del rey; y, finalmente, toda su inestabilidad interior hirviendo dentro de un mundo que, en paz y seguridad tres veces seculares, se mantuvo apartado de las guerras europeas, todo contribuyó a hacer del alma de las Indias algo extraño y raro, único en los anales del espíritu humano”²⁹⁶. Y en otro lugar: “Nada es más complejo que el alma de un mestizo. Comparada con ella, el alma más sutil de un blanco, de un negro o de un indio es tan transparente como el agua. El rasgo típico del alma mestiza es su rápido cambio de color... El mestizo es por lo menos dos: un blanco y un indio. Esto significa un mundo de posibles cambios rápidos, porque hay en él un mundo de actitudes posibles”²⁹⁷.

Las tensiones internas que caracterizan al mestizo, su capacidad para comprender y defender puntos de vista opuestos, las intrincadas contradicciones de su vida psíquica iluminan el siguiente fenómeno lingüístico y viceversa:

²⁹⁵ Angel Rosenblat, *Buenas y malas palabras*, Ediciones Edime, Madrid, 1960, 1ª serie, p. 31

²⁹⁶ Salvador de Madariaga, *op. cit.*, pp. 3 y 4.

²⁹⁷ *Ibid.*, p. 103

El latinoamericano habla generalmente a dos niveles y sus conversaciones tiene por lo menos dos sentidos. Un europeo que domine la lengua española o la portuguesa no encuentra en la superficie de las oraciones nada que le permita comprender algo diferente a lo dicho literalmente; pero detrás de lo dicho, en otro plano, en otra dimensión, se esconden alusiones personales, informaciones, preguntas, a veces ofensas a las cuales el interlocutor responde de la misma manera. El respeto y la admiración que se tiene por los demás dependen en gran parte del ingenio y la fineza con que se ejecuta esta especie de juego.

Es una manera de mediatizar los temas difíciles, sobre todos en asuntos personales delicados que ni siquiera entre amigos se discuten abiertamente.

Los latinoamericanos que han vivido en países europeos –no nos referimos a los que han ido como turistas, ni a los que se han restringido a las pequeñas comunidades de metecos artistas, de conspiradores políticos o de rastacueros que derrochan dineros malhabidos en mancebías y otras instalaciones ad usum barbarorum preparadas por hábiles comerciantes, sino a los que han entrado realmente en contacto con la vida europea, ya sea por medio del trabajo, ya sea por medio del estudio- comentan con frecuencia el hecho de que a los europeos hay que hablarles claro, demasiado claro, si no entienden. Los europeos no conocen las reglas de ese juego.

El fenómeno a que nos referimos tiene muy poco que ver con la ironía. Otros pueblos tienen una especie de código de la ironía que se manifiesta en fórmulas verbales y tonos de voz fijos que transmiten en forma inequívoca la intención del hablante. La ironía es, para el mestizo, un juego de niños; cuando él habla a varios niveles, cada nivel tiene sentido por sí solo, como las líneas melódicas del contrapunto, pero el todo presenta un aspecto unitario en el cual los diversos planos se destacan o se ocultan de acuerdo con las sutiles oscilaciones de la voluntad semántica del hablante.

Se puede hacer la corte a una dama mediante un discusión sobre partidos políticos en la cual no se trate ni se mencione nada que no tenga que ver directamente con ellos –corte en el más pleno sentido de la palabra, con sus ataques, defensas, contra-ataques, avances, retrocesos, rodeos, maniobras envolventes, proposiciones, preguntas y respuestas. Una inocente conversación acerca de la vida de los esquimales puede permitir y esconder complicadas negociaciones acerca de la venta de cien sacos de café, el desprestigio de algún ausente mediante alusiones veladas, y un intenso trabajo de proselitismo religioso entre los presentes. Alguien puede preguntarle a uno su opinión sobre los candidatos en las próximas elecciones rectorales en un diálogo que versa estrictamente sobre las hipótesis que sirven de fundamento a la geometría, y uno puede responder ampliamente sin salirse del tema.

Es evidente que el juego varía según el grado de educación, la clase social y las cualidades humanas del hablante, pero su mecanismo es siempre el mismo.

Quien no se mantenga alerta, puede encontrarse de repente ante consecuencias, desagradables en extremo, de lo que ha dicho o de lo que no querido decir, porque el oyente está condicionado para percibir segundos significados aunque éstos no hayan estado nunca en la mente del hablante, “porque las palabras se tiñen”, como dice Rosenblat, “con la intención del oyente y no se sabe hasta dónde pueden llegar” (loc. cit.). A este respecto es interesante observar que la conversación ordinaria está llena de celadas verbales, sondeos indirectos, palabras-carnada, palabras-trampa, lapsus voluntarios (en Venezuela “puyas”, “puntas”, “indirectas”, “peines”, “conchas de mango”, “tanteos”, “tramojos”, “buscarle la lengua a alguien”, etc., con sus defensas antidotos o “contras”: “sacar el cuerpo”, “ponerse de

perfil”, “hacerse el loco”, “llevar la cuerda”, “dar cuerda”, “seguir la corriente”, “dejarse caer”, “roncar”, “no entrar por el aro”, “guabinear”. etc.). Hay un recurso infantil y extraño, ajeno completamente al habla de otros pueblos, para intensificar los estados de alerta en la conversación: se inventan palabras que por su morfología se pueden confundir con nombre de extraños artefactos, animales exóticos, lubricantes nuevos, medicamentos, personajes raros (“mujo”, “menjibre”, “trifoco”, “escarpándola”, “linterna”, “mechudo”, etc.), o se mencionan “escarpándola”, “lintera”, “mechudo”, etc.), o se mencionan personas desconocidas (Elba, Angulo, las morochas, Nebrija, Zapata, Uribe, etc.); si el interlocutor “cae” y pregunta “¿Qué es una escarpándola?” o “¿Quién es Nebrija?”, se le responde con una frase procaz que rima con la palabra inventada y que está cargada por lo general de alusiones fálicas.

Como se ve, no todo es siniestramente utilitario en este juego, sino que presenta aspectos jocosos y divertidos. Uno de éstos es la tomadera de pelo (en Venezuela “mamadera de gallo”²⁹⁸; to tease y to pull one’s leg del inglés, taquiner del francés y pflanzen del alemán no son sino parientes pobres de la mamadera de gallo), que, por lo general, expresa confianza y afecto, pero no deja de contener sus venenos, de manera que no es extraño que en un punto de su desarrollo desencadene en la complacida víctima mecanismos de ira y violencia; una situación amena puede bruscamente cargarse de tensión y peligro. Los extranjeros sometidos a este tratamiento no se dan cuenta en un principio de lo que se les está haciendo; cuando descubren el juego, se enfadan y recriminan al interlocutor; luego comprenden que se trata de una señal de cariño; después pasan por un período en que no saben cuándo algo es en serio o en broma y tienden a la segunda interpretación, lo cual puede traerles problemas porque a nadie le gusta que no le tomen en serio cuando habla en serio; muy pocos logran llegar a distinguir sin error el estado de ánimo que predomina en el interlocutor.

El gusto por el juego de palabras es tan grande, que las conversaciones amigables se convierten en concursos de ingenio que dejan muy atrás a los pawns de los ingleses y a los calambours de los franceses; las sesiones de chistes pueden durar horas. Gran parte de la necesidad estética del hombre se satisface en Latinoamérica por esta vía humorística instantánea, relegando el gran arte a un segundo plano.

A la dualidad o, mejor, polivalencia del habla corresponde un fenómeno análogo en el juego de los movimientos emocionales y pasionales. Se pasa fácilmente de la simpatía a la antipatía, de la defensa apasionada de un punto de vista a la defensa del contrario y siempre queda en el fondo una reserva de sombra donde se esconde la posibilidad de un cambio brusco. Los célebres “caudillos” latinoamericanos, no obstante su gran capacidad para dominar y dirigir la voluntad de sus conterráneos, han comprobado tarde o temprano, con amargura, que la adhesión de sus secuaces es ambivalente y circunstancial, como el amor de las mujeres ligeras.

En un libro que es digno de la más respetuosa atención, el doctor Francisco J. Herrera Luque ha demostrado la existencia de una sobrecarga psicopática en los viajeros de Indias y atribuye a ella el origen de ciertos rasgos de la vida social de Latinoamérica y más especialmente de Venezuela. Desde nuestro punto de vista, el mestizaje –con todos los factores que intervinieron en su formación, incluyendo la sobrecarga psicopática de los

²⁹⁸ Vide Angel Rosenblat, Buenas y malas palabras, 1ª serie, pp. 54-58.

viajeros de Indias compensada en un principio por la magnitud y el riesgo de la empresa conquistadora-, ha dado lugar a un temperamento nuevo, característico del latinoamericano, que no ha encontrado formas propias de expresión en ningún campo de la cultura, tampoco por ende en la lengua, debido a la imposición forzada de las estructuras de la cultura occidental. Esa discrepancia temperamento-cultura, con todos sus factores antinómicos da nacimiento a una serie de peculiares fenómenos socioculturales que se reflejan en el manejo de la lengua, en el habla o parole y, más extensamente, en el manejo de los productos y estructuras culturales superimpuestos. El doctor Herrera Luque ha observado esa discrepancia en el campo de las leyes venezolanas: “Las leyes en Venezuela –forzoso es decirlo- ni corresponden a nuestra realidad psicológica, ni son las apropiadas para canalizar y hacer útiles a esos heterodoxos natos”²⁹⁹.

La compleja labilidad y profundidad que observamos en el habla y en el psiquismo de Latinoamérica nos hace a veces conjeturar sobre el tipo de lengua y de cultura que hubieran desarrollado los mestizos si hubieran tenido ocasión. Claude Lévi-Strauss refiere que “En el dialecto Wintu de California existen cinco modos verbales que corresponden a un conocimiento adquirido por la vista, por la impresión corporal, por inferencia, por razonamiento y por haberlo oído decir. Los cinco juntos constituyen la categoría del conocimiento, por oposición a la conjetura que se expresa de manera diferente. Muy curiosamente, las relaciones con el mundo sobrenatural se expresan con los modos del conocimiento, y entre ellos, los de la impresión corporal (es decir, la experiencia más intuitiva), de la inferencia y del razonamiento”³⁰⁰. La costumbre de hablar a varios niveles simultáneos que mediatiza la comunicación y la afina evitando o promoviendo ocasiones para los estallidos de violencia, ¿a qué complejo sistema de modos verbales habría dado lugar, si se hubiese materializado en estructuras lingüísticas?

²⁹⁹ Francisco J. Herrera Luque, *Los viajeros de Indias*, Imprenta Nacional, Caracas, 1961, p. 9. Considérese, además, que en Venezuela han “vigido” sucesivamente 27 constituciones.

³⁰⁰ Claude Lévi-Strauss, *Anthropologie Structurale*, Librairie, Librairie Plon, París 1958, pp. 197-198.

6.

El habla de nuestros pueblos nos indica que su psiquismo está caracterizado, entre otras cosas, por un predominio de la expresividad sobre la objetividad, por una atención fluctuante y una débil perseveración.

Obsérvese la profusión en el uso de comparaciones, metáforas, hipérbolos y toda clase de pintoresquismos³⁰¹. Estos fenómenos tiene su origen psíquico en las funciones principales del lenguaje, como ha señalado Kainz para el caso de la hipérbole: “Cuando se trata de expresión y manifestación, los apremiantes contenidos afectivos tienden a descargarse exhaustivamente y a lograr una abreacción y verbal; esa es la raíz expresiva y catártica de la hipérbole. También cuando la formulación verbal tiende a producir un efecto en los demás, en el sentido de llamado y motivación, se tiende a impresionar al oyente en sumo grado a fin de asegurar el efecto deseado; esa es la raíz impresiva e incitante de la hipérbole”³⁰². En Latinoamérica, la necesidad de expresarse y de impresionar a los demás predomina sobre la objetividad del contenido informativo de la oración o del discurso. Hombres nórdicos han calificado al latinoamericano de mentiroso, falso y engañoso porque aplican el criterio verdadero-falso (de carácter lógico) o el criterio honesto-deshonesto (de carácter ético), cuando sería más adecuado hablar de auténtico.inauténtico (criterio psicológico), puesto que, por una parte, el hablante no siente discrepancia entre la realidad y sus afirmaciones, éstas corresponden fielmente a su percepción de aquélla y, por otra parte, sería aventurado prestarle la continua intención desengañar gratuitamente.

Cuando un llanero dice que el próximo ható se encuentra “allí mismisto detrás de aquellas mata” o un caraqueño proclama que su amigo vive “en el quinto infierno”, ni se equivocan ni intentan engañar. Lo que ocurre es que no miden la distancia con un sistema métrico objetivo, sino de acuerdo con el esfuerzo que es necesario desplegar para recorrerla. Se dirá que esta forma de medir es subjetiva, pero entre hablantes que tienen en común la sensibilidad, las costumbres, los ritmos psicofísicos, resulta perfectamente objetiva; en estos casos, toda objetividad es una subjetividad compartida por la mayoría en una comunidad.

Las referencias cronométricas son también imprecisas, por lo general, como lo demuestra la falta de puntualidad; pero no debe atribuirse este fenómeno a irresponsabilidad, sino a una concepción diferente del tiempo y a un manejo lingüístico de las expresiones temporales basado en valoraciones de orden psíquico, no en la aplicación de un metron impersonal. No se concibe el tiempo como una serie rectilínea de instantes iguales sobre la cual han de distribuirse económicamente las actividades personales y colectivas, sino como un continuum elástico (probablemente esférico) en el cual se dilatan ocasiones propicias, acechanzas aciagas, encrucijadas fatídicas. La hora de la verdad, la malévola, la bajadita donde se esperará al adversario ahora triunfante, el cuarto de hora en que según los seductores sucumbe la mujer asediada, el sábado de los cerdos engordados, el madrugarle a otro, la juventud en que se impone ser revolucionario, los tiempos de María Castaña, el años verde, los siete años de pava o mala suerte, etc., son testimonio de un sentido mítico y mágico del tiempo.

³⁰¹ Estos fenómenos han sido estudiados, para el habla venezolana, en las admirables micromonografías de Angel Rosenblat, recopiladas en Buenas y malas palabras, Edime, Madrid, 1960.

³⁰² F. Kainz, op. cit., I, 241. Otra raíz de estos fenómenos está en una función secundaria del lenguaje: la estética.

Las indicaciones numéricas no suele referirse a una cuenta exacta. “Cuarenta policías” significa muchos, acaso diez o doce; la palabra cuarenta sirve para expresar la sensación de seguridad o de peligro y terror que su presencia ha inspirado en el hablante. Un estudiante se queja de que tiene que leer ‘como cuatrocientas páginas’ para un examen; se trata en realidad de quince o veinte, pero él no miente ni intenta engañar a nadie, da expresión a su estado de ánimo y nos hace sentir su gran problema; si dijera ‘quince’ o ‘veinte’ no obtendría esos dos resultados. Recibimos carta de un amigo, nos reprocha que no le hayamos escrito durante seis meses, sin embargo referencia a una carta nuestra de hace tres semanas; no se nos ocurre mostrarle su error porque no se ha equivocado: quiere decir y entendemos que estima altamente nuestra correspondencia y que le sería grato continuarla. De un hombre que domina cinco idiomas se dice que habla veinte con el objeto de expresar y comunicar el asombro despertado por el políglota. Et cetera ad infinitum.

Si el hablante no utiliza estos recursos, oh Graf Kessler!, el interlocutor no lo oye. Ha de recurrirse también al énfasis exagerado, a la prolongación y cambio de tono de las vocales acentuadas, a gestos y ademanes enérgicos, a modificaciones bruscas de la posición del cuerpo, a desplazamientos frecuentes de la ubicación espacial con respecto a los demás. Por lo general, un experto que es llamado a consulta tiene que librar una batalla agotadora para que se preste atención a sus informaciones y sugerencias. Se discute durante horas y días sin llegar a un planteamiento claro de los problemas, muchos menos a resoluciones firmes y soluciones adecuadas. La comunicación se efectúa con un dispendio energético máximo a nivel hipotalámico para un resultado mínimo a nivel cortical.

A todas las lenguas es inherente lo que Kainz ha estudiado exhaustivamente bajo el nombre de *ExTendenz*³⁰³: los eufemismos, hipérboles, metáforas y onomatopeyas pierden, al correr del tiempo, su carácter de tales y adquieren una transparencia simbólica en la cual no queda huella alguna de la operación ética o estética que les dio origen, de manera que el hablante, para conferir frescura y vivacidad a su expresión, ha de crear nuevos tropos. En Latinoamérica, la asombrosa aceleración de esa tendencia revela que una afectividad lujuriente busca continuamente formas verbales nuevas de expresarse. Las palabras se gastan, pierden con gran rapidez su fuerza expresiva; se inventan continuamente expresiones pintorescas nuevas porque las ya existentes no responden a los requerimientos emocionales. Recordamos un fenómeno que tuvimos ocasión de observar en la Universidad de Viena: como el salón de lectura de la biblioteca era insuficiente para el crecido número de lectores, los estudiantes más interesados en utilizarlo adoptaron la costumbre de ir a la puerta antes de la apertura y ponerse en fila, por orden de llegada, con el objeto de ocupar un puesto a tiempo y tener derecho a conservarlo durante todo el día a pesar de las breves salidas para tomar café o una frugal comida; esa ocupación matinal de los buenos estudiantes se llama en alemán *einen Platz belegen* (‘reservar un asiento’); pero los estudiantes latinoamericanos se cansaban pronto de esa expresión y al cabo de pocos días inventaban una nueva que era reemplazada por otra la semana siguiente: *einen Platz erobern* (conquistar un asiento), *einen Platz erkämpfen* (ganar un asiento por medio de un combate), *den Nest verteidigen* (defender el nido), *Bussseübungen machen* (hacer penitencia), *das Fohlen ins Gehege führen* (llevar el potro al potrero) y muchas otras aún más pintorescas, algunas

³⁰³ *Ibid.*, I, 91, 227, 242 y ss., 343 (*exeuphemistische Tendenz*); 91, 242 (*exhyperbolische Tendenz*); 91, 227, 239, 242 y ss. (*exmetaphorische Tendenz*), 91 y ss. (*exonomatopoetische Tendenz*)

pornográficas, todas un reflejo del transformado cultural de cada uno y de la actitud emocional que presidía la búsqueda de un puesto para todo el día en el salón de lectura de la biblioteca; los compañeros de lengua alemana oían esas expresiones con agrado, pero no se contagiaban, las atribuían ingenuamente a un desconocimiento de la expresión correcta, para ellos era suficiente y natural decir *einen Platz belegen*, como sus antecesores por generaciones, no se cansaban de esa fórmula verbal ni experimentaban la necesidad de inventar cosas.

Es evidente que este predominio de la expresividad sobre la objetividad en el habla de los latinoamericanos, si bien refleja el temperamento y la idiosincrasia de nuestros pueblos, resulta entorpecedor cuando se trata de organizar el esfuerzo de la comunidad para racionalizar las formas de trabajo y convivencia de acuerdo con patrones de la cultura occidental. El quehacer político-social de Latinoamérica, atrapado en esta contradicción, se caracteriza por un gigantesco despilfarro de recursos económicos y energías humanas. La palabra apasionada de las declaraciones, proclamas y arengas que en el siglo pasado contribuyó a asegurar la victoria en la guerra desigual por la independencia resulta ahora ineficaz ante los nuevos problemas. La embriaguez puede crear paraísos artificiales, puede provocar excitación y violencia en el ánimo de las multitudes, puede conducir al heroísmo anárquico de las “revoluciones”; pero no puede canalizar ríos, no puede combatir endemias y epidemias, no puede hacer reformas agrarias no construir ciudades, no lo puede porque los elementos no oyen la voz de los hombres cuando ésta se apoya sólo en movimiento emocionales.

7.

La nota más característica y la más resaltante del habla latinoamericana es el acento. Rafael Lapesa escribe con respecto al español de América: “Muy probable es que se mantengan caracteres prehispánicos en la entonación hispanoamericana, tan distinta de la española. La entonación americana, rica en variantes, extrema subidas y descensos melódicos, mientras la castellana tiende a moderar las inflexiones manteniéndose alrededor de una nota sostenida y equilibrada. Cabe admitir influjos de igual origen, primitivos o no, en el ritmo del habla, que altera la regular duración de las sílabas: el mexicano abrevia nerviosamente las no acentuadas, mientras el argentino se detiene con morosidad antes del acento y en la sílaba que los lleva, y el cubano se mueve con perezosa lentitud”³⁰⁴.

En esta cita de Lapesa pueden observarse tres aspectos: reconocimiento del fenómeno, admisión de una posible influencia sustratista, vaguedad e insuficiencia en la descripción. Estos tres rasgos son comunes a casi todos los tratamientos de que ha sido objeto el acento latinoamericano. La carencia para tal investigación de un aparato conceptual adecuado y de recursos técnicos ad hoc ha hecho que los estudiosos de tan importante fenómeno se vean arrastrados hacia uno de dos polos: o bien la consideración atomística de los fonemas. O bien la descripción pintoresca del efecto emocional que el acento les produce, en imprecisa relación con esquemas de la musicología vagamente comprendidos. En ambos casos se deja escapar lo que se busca, pues la singularidad y la significación de ese fenómeno no pueden aprehenderse utilizando como sistema único de referencia el estudio de los elementos que lo constituyen, tampoco por la captación superficial de su totalidad en

³⁰⁴ R. Lapesa, op. cit., p. 330.

una especie de turismo fonético sensorio-emocional. Ni una descripción científica del acento latinoamericano encontramos, ni una hipótesis coherente y unitaria para explicar su génesis y su desarrollo.

Ese estado de cosas se hace comprensible al considerar la tremenda dificultad que opone al investigador tema tan delicado y sutil. ¿Cómo transformar la inconsútil intuición en esquema conceptual, sin incurrir en criminal taxidermia? Pero, por otra parte, es necesario combatir la tendencia a minimizar su importancia.

Angel Rosenblat, al comentar la posible presencia del indio en la famosa tristeza del latinoamericano, que ha sido señalada por muchos observadores extranjeros y que para él “no es más que sexualidad introvertida”, dice lo siguiente: “Quizá haya un matiz suyo (del indio) en esa tristeza, como en la cultura, como en la entonación del habla hispanoamericana. Pero sólo un matiz de estilo, sólo entonación”³⁰⁵. Independientemente del contenido general de la cita, nos molesta el adverbio sólo; ¿es acaso la entonación algo secundario en el habla? Además de su gran valor expresivo del psiquismo, tanto en su estructura más íntima y permanente como en sus conmociones transitorias, ¿no penetra también profundamente en la función comunicativa e informativa del lenguaje hablado? ¿Es, por ventura, el hombre, una máquina parlante, un robot electrónico que transmite conocimientos y raciocinios de cerebro a cerebro? En el complejo fenómeno que llamamos comunidad lingüística, ¿será más importante el haber léxico, morfológico y sintáctico, que el sistema de actitudes afectivas y valorativas que se expresan en la entonación? ¿No serán ambas más bien igualmente esenciales? ¿Habría dicho Rosenblat sólo entonación con el mismo desprecio irracional de que otros hacen gala para decir lo demás es música? Estamos seguros de que no es así. Rosenblat se limita probablemente a admitir la posibilidad de que el sustrato indígena haya matizado la entonación del habla hispanoamericana.

Vamos a considerar algunos puntos con el doble propósito de mostrar la importancia caracterológica del acento y construir infraestructuras para un futuro estudio científico de ese fenómeno en Latinoamérica.

La voz y el habla.

La voz es un constituyente imprescindible del habla. EL hecho de que excepcionalmente se pueda hablar sin emplear la voz, como en el cuchicheo voluntario o por laringotomía, no invalida la afirmación anterior, pues fue el diferenciado desarrollo y manejo de la capacidad fonatoria lo que permitió a los sistemas lingüísticos alcanzar su plena efectividad y es lo que les permite servir de tejido conjuntivo en la coordinación de las actividades sociales del hombre.

Tampoco debe asignarse a la voz una función puramente instrumental; su tono nos informa de dobles sentidos, intención interrogativa o afirmativa, ironía, etc. Además, le toca una función expresiva muy importante: como señalara C.L. Merkel en el pasado siglo, el modo de usar la voz en el habla depende en alto grado de los afectos, que actúan sobre el tono al igual que sobre el corazón y los órganos de la respiración; al acelerarse el ritmo cardíaco asciende el tono de la voz por estrechamiento de la glotis y desciende cuando los músculos

³⁰⁵ Angel Rosenblat, *La lengua y la cultura de Hispanoamérica. Tendencias actuales*. (Es la versión ampliada de una conferencia pronunciada en Berlín en 1933, publicada en la serie de conferencias del Romanisches Seminar de la Friedrich-Wilhelms-Universität, *Vom Leben und Wirken der Romanen*, Spanische Reihe, FET 3) Imprimerie E. Durand, Librairie des Editions espagnoles, París, 1951, p. 27.

de ésta se relajan al hacerse más lentos los ritmos respiratorio y cardíaco. El aparato fonador, debe agregarse, es más sensible como indicador de afectos que otros sistemas del organismo, pues registra modificaciones emocionales tan sutiles que no actúan ni sobre el corazón ni sobre los músculos torácicos. Merkel sistematizó los resultados de sus estudios psicofisiológicos en este campo con una descripción y una clasificación minuciosas de los tonos de voz; afirmó, por ejemplo, que la inseguridad las preguntas de doble sentido, la duda secreta, la negación y la falta de sinceridad se expresan en bemol, mientras que el goce, la tranquilidad y la seguridad prefieren el sostenido³⁰⁶.

Posteriormente, toda una escuela de psicólogos se dedicó al llamado análisis del sonido (Schallanalyse) con el objeto de conocer las relaciones entre voz y habla. Sus principales representantes son Rutz, Bekking, Sievers, Pisen y Karg³⁰⁷.

Las investigaciones de esa escuela sirven de base para la clasificación de tipos de habla formulada por Kaulhausen y que tan importante es en la caracterología moderna³⁰⁸. También han influido sobre Saran, quien ha hecho una descripción admirable de la entonación de la seriedad³⁰⁹.

Un grupo de científicos franceses en el campo de la fonética se ha ocupado de las significaciones de la voz; entre ellos Roudet, quien ha estudiado el influjo de los afectos dinamogénicos sobre la variedad del tono, la intensidad, el tempo y los intervalos musicales de la voz³¹⁰; y Passy quien se ha ocupado de las relaciones entre las modificaciones de la voz y las variaciones de conjunto del lenguaje³¹¹.

También Wundt, en su psicología social, reconoció la gran importancia del ritmo y la modulación tonal en la expresión de actitudes afectivas y estados emocionales³¹². Bergsveinsson estableció las condiciones metodológicas para un estudio sistemático de la cuestión, en base a exigencias fonométricas, porque dio gran importancia a la comunicación subjetiva (expresión) como función de la voz humana en las unidades lingüísticas que Lévi-Strauss se complace en llamar mitemas³¹³.

En nuestros días, es Trojan ilustre profesor de la ilustre Universidad de Viena, quien ha tratado esta problemática con extremo rigor metodológico y ha llegado a formular una estilística fonética (Lautstilistik)³¹⁴, que se agrega a otras dos disciplinas científicas modernas consagradas al mismo asunto desde otros ángulos: la fonémica y la fonotipología.

³⁰⁶ C.L. Merkel. Anatomie und Physiologie der menschlichen Stimm und Sprachorgane (Anthropophonik) 2ª., 1863 y Physiologie der menschlichen Sprache (physiologische Latelik) 2ª ed., 1866.

³⁰⁷ Los títulos de sus obras son muy reveladores: O, Rutz, Musik, Wort und Körper als Gemütsausdruck (la música, la palabra y el cuerpo como expresión de la afectividad). 1911; Sprache, Gesang und Körperhaltung (La lengua, el canto y la posición del cuerpo) Handbuch der Typenlehre, 1911; Vom Ausdruck des Menschen (Sobre la expresión humana), 1925. G. Becking, Der musikalische Rythmus als Erkenntnisquelle (El ritmo musical como fuente de conocimiento), 1928. E. Sievers, Rhythmisch-melodische Studien, Germ. Bibl. II, 5, 1912; Ziele und Wege der Schallanalyse (objetivos y métodos del análisis del Sonido), Germ. Bibl., II. 14, 1924. G. Ipsen y F. Karg. Schallanalytische Versuche (Ensayos de análisis del sonido), 1928.

³⁰⁸ M. Kaulhausen, Die Typen des Sprechens und ihr Wert für die Sprecherziehung, 1940.

³⁰⁹ F. Saran, Deutsche Verslehre, 1907, cap. VII, pp. 121-126.

³¹⁰ L. Roudet, Eléments de phonétique générale, 1910.

³¹¹ P. Passy, Les sons du français, 1929.

³¹² W. Wundt, Völkerpsychologie Phonetik, t. I, 3ª ed., 1911, p. 278 y ss.

³¹³ S. Bergsveinsson, Ueber die Bedeutung und die Auswertung der Satzmelodie, Archiv für vergleichende Phonetik, 5, 1911, p. 97 y ss., 153 y ss. . C. Lévi Strauss, op. cit. 232-233

³¹⁴ F. Trojan. Der Ausdruck von Stimme und Sprache, 2ª ed., 1952.

En el habla, pues, no cabe desdeñar los valores expresivos o de comunicación subjetiva de la voz que tan íntimamente interpenetran la función comunicativa objetiva desempeñada por los elementos conceptuales y relacionales de la lengua.

La famosa investigadora holandesa. L. Kaiser, que tanto se ha distinguido por sus finos estudios fonéticos, afirma: “Cuando se habla, la lengua lingüística se acompaña de una lengua extra-lingüística, prelingüística, primitiva, estética o biológica. Los patrones acústicos exigidos por la lengua lingüística y los de la lengua biológica se superponen y se entremezclan”³¹⁵.

¿Cabe, entonces, referirse despectivamente a una influencia sustratista diciendo que es sólo entonación? ¿No cabría más bien hablar de la voz latinoamericana como factor constitutivo del acento latinoamericano? Nos explicamos: el mestizaje latinoamericano con sus características, singulares en la historia de la humanidad, y el peculiar devenir histórico de nuestros pueblos dentro de sus condiciones geográficas, económicas, geopolíticas y sus circunstancias epocales ante el conjunto de la humanidad han producido nuevas estructuras psíquicas individuales y colectivas que equivalen a sistemas de valoración, estilos de reacción emocional, tempo afectivo, constelación de aspiraciones, actitud ante el mundo, el vivir y el convivir diferentes a las de otros pueblos. ¿Podía esperarse que esas estructuras psíquicas nuevas no se manifestaran en la voz, que el aparato fonador no las registrara, siendo como es el indicador más sensible de la vida afectiva? O inversamente, ¿no se podría llegar a una comprensión de las estructuras psíquicas del latinoamericano mediante un estudio de sus efectos sobre el aspecto fonético del habla? Esto no es una *petitio principii*, es una referencia a la estrecha interdependencia *in re* de dos sistemas.

b) El canto y el habla. Los hablantes de lenguas como el checo, el húngaro y el italiano producen, en el oyente extranjero, la impresión de cantar. Este hecho indujo a Stumpf y Scheminzky a afirmar que la diferencia entre el canto y el habla es sólo cuestión de grado³¹⁶. Estaban equivocados. El habla y el canto son actividades de órdenes diversos. Arnold demostró que las características rítmicas, dinámicas y melódicas del canto y del habla son cuantitativa y cualitativamente diferentes³¹⁷.

Kainz hace notar que es imposible transcribir en un pentagrama el habla corriente y que lo mismo ocurre con el habla del orador o del actor y aun con la del declamador que recita un poema en forma artísticamente estudiada. Un discurso pasible de notación musical se convierte inevitablemente en canto, como lo demuestran el coro griego y las lecturas corales de la Edad Media³¹⁸.

Además, la patología muestra, sin lugar a dudas, que canto y habla son actividades diferentes e independientes la una de la otra, pues lesiones y padecimientos diversos pueden entorpecer o paralizar la una sin perturbar la otra en lo más mínimo. Afasia sensorial y

³¹⁵ L. Kaiser, *Les sons du langage et leurs informations. La voix. (los sonidos del lenguaje y sus informaciones. La voz)*, 1953, p.97.

³¹⁶ F. Scheminzky, *Die Welt des Schalles*, 1935, p. 412.

³¹⁷ G.E. Arnold, *Die Sprache und ihre Störungen* en R. Luchsinger y G.E. Arnold, *Lehrbuch der Stimm Sprachheilkunde*, 1949, p. 177 y ss.

³¹⁸ F. Kainz, *Psychologie der Sprache*, III, p. 254.

amusia se presentan con frecuencia separadamente. El tartamudeo desaparece en un 92 por ciento de los casos cuando el paciente canta³¹⁹.

Sin embargo, canto y habla tiene en común el ser empleos de la voz aún cuando el habla pueda prescindir de ésta excepcionalmente. Como psicólogo del lenguaje que se apoya en la fisiología, Kainz sostiene que las relaciones entre ambas actividades son más estrechas de lo que dejan suponer las características de las lenguas de las culturas altamente desarrolladas y postula una unidad originaria de acción global de los componentes articulatorios y musicales del habla, unidad que luego se diferenció en el proceso evolutivo. Muestra la existencia de esas relaciones en lenguas primitivas y observa la recapitulación ontogenética del proceso evolutivo mediante un estudio del habla infantil³²⁰.

Además, las curvas melódicas de la frase pueden adquirir significación diacrítica; es notorio que la entonación distingue la interrogación de la afirmación y hace superfluos los recursos sintácticos o los refuerza según el principio del pleonismo. Debido a casos como éste, puede sostener Gardiner que es la melodía y no la forma gramatical lo que determina el sentido de la frase³²¹.

Debe agregarse también que en muchas lenguas no es semánticamente indiferente el tono con que se pronuncian las palabras. Son lenguas que, además de las estructuras articulatorias acústicas llamadas fonemas, emplean también movimientos de intervalo parecidos a los del canto, llamado tonemas, de manera que el mismo fonema cambia de significado al cambiar de tono. A este grupo de idiomas pertenecen muchas lenguas del África occidental y el chino. El número de homófonos en chino es tan grande, que la lengua se ve obligada a distinguirlos mediante cambios tonales. Shan Wing-Chan distingue cuatro tonos en el mandarín³²² y Chin Bien-Ming ocho en la lengua Hagu³²³. Muchas de las lenguas habladas por los esclavos negros traídos a América eran y son tonales³²⁴.

Si bien lo específico del habla es la articulación, los factores musicales de la fonación tienen valor semántico y caracterológico. Articulación y musicalidad vocal se influyen mutuamente de manera regular como partes integrantes de un solo sistema signico.

Ahora bien, la participación de los factores musicales en el habla varía de lengua a lengua y en cada una responde a patrones melódicos codificados convencionalmente. Conviene reiterar que convencional no significa, en este caso, que los miembros de una comunidad lingüística se hayan puesto de acuerdo concientemente, *verbi gratia*, mediante un contrato, acerca del valor simbólico de los factores musicales; significa que éste no es el producto de una relación natural y necesaria sino el resultado de una completa y larga elaboración histórica

³¹⁹ H. Gutzmann, *Die dysarthrischen Sprachstörungen*, p. 131, apud E. Fröschels, *Lehrbuch der Sprachheilkunde*, 3ª ed., 1931, p. 410.

³²⁰ *Ibid.*, pp. 252-255 y 257-259. Cfr. también Otto Jespersen, *Die Sprache, ihre Natur, Entwicklung und Entstehung*, 19254, p. 426 y ss.

³²¹ A.H. Gardiner, *The theory of Speech and language*, 1932, p. 189 y ss. Tenemos un amigo que acostumbra cambiar las palabras del saludo por terribles insultos y maldiciones pero manteniendo la entonación del saludo; los así saludados responden cortésmente.

³²² Shan Wing-Chan, *Chinese reader for beginners*, 8ª ed., 1945.

³²³ Chin Bien.Ming, citadop por G.E. Arnold, *op. cit.*, p. 178.

³²⁴ Vide J.G. Christaller, *A Grammar of the Asante and Fante Language called Tsi (Chwee, Twi) 1895*; D. M. Beach, *The Phonetics of the Hottentot Language*, 1938.

contingente que tiende al sistema, lo cual no impide que el hablante sienta la relación significante-significado como algo natural.³²⁵

Está tan ligada la entonación a la personalidad y su trasfondo cultural, que a un adulto capaz de dominar una lengua extranjera en el campo de la gramática, le resulta poco menos que imposible dominarla en lo que respecta al acento, tal es el arraigo fisiológico de los factores musicales de la lengua materna.

Al aprender a hablar español o portugués en América, hablantes de centenares de lenguas diferentes ¿pudieron abandonar la entonación propia tan ligada a su formación cultural? No lo creemos. Antes, por el contrario, hemos observado un aumento de la participación de los factores musicales del habla en la comunicación oral del latinoamericano. Casi cualquier palabra puede cambiar y cambia de significado en la conversación ordinaria de acuerdo con las modificaciones de la entonación.

Cada lengua es un complicado dibujo de líneas melódicas, un repertorio unitario de arabescos fónicos siempre disponibles que cada hablante interpreta en el vivo ejercicio de la comunicación oral como un ejecutante las partituras. Sobre el español y el portugués de América se han tejido, de acuerdo con la diferente degradación del mestizaje en las diferentes regiones, tramas acústicas nuevas, urdimbres también mestizas de hilos heterogéneos que han producido múltiples patrones de tonalidad en la búsqueda de la unidad formal que corresponda a las estructuras nuevas del psiquismo de los hablantes. “Latinoamérica busca su voz y busca su entonación propia”, es algo que puede entenderse literalmente tan bien como metafóricamente.

c) La base articulatoria. Articulación es la capacidad de los órganos lingüísticos para producir unidades fonéticas que, por sí solas o en combinación con las otras, pueden llevar significado. El habla es totalmente imposible sin articulación: lo humano de la voz es efecto de la articulación; quien en momentos de exacerbación afectiva se abandona al llanto, al alarido, al grito, renuncia con ese atavismo expresivo al control cortical, en lo que respecta al sistema nervioso central, y al uso de los órganos de la articulación en lo que respecta al sistema nervioso periférico. Lo que grita, llora o ruge no el yo consciente que combina símbolos de su repertorio mnésico, sino la persona biológica ligada a ancestros subhumanos.

El hablante produce sonidos lingüísticos cuando los articula de acuerdo con las prescripciones del sistema fonológico de su lengua; tiene que tomar en consideración la identidad de los fonemas y sus recíprocas relaciones dentro del sistema.

La articulación es nota esencial del habla, porque ésta sólo es posible en base a estructuras fonéticas formadas con precisión, fácilmente repetibles y claramente percibibles.

La articulación de la corriente fónica y su consiguiente reducción a un pequeño número de fonemas es lo que permite también que las palabras puedan ser escritas y leídas. La escritura fonética es una consecuencia de la articulación. Bien dijo Isidorus de Sevilla: “articulata vox quae scribi potest, inarticulata quae scribi non potest”.

³²⁵ “Si admitimos, pues, de acuerdo con el principio saussuriano, que nada predestina a priori ciertos grupos de sonidos a designar ciertos objetos, no parece menos probable que, una vez adoptados, ciertos grupos de sonidos afecten de matices particulares el contenido semántico que les ha sido atribuido”, Claude Lévi-Strauss, op. cit., p. 106.

Por ser articulada en su repertorio de signos, el habla contribuye a articular los contenidos objetivos e intencionales de la realidad exterior e interior³²⁶.

Mediante diferentes movimientos y diferentes posiciones, los órganos de la articulación pueden producir una cantidad respetable de fonemas; pero ninguna lengua se sirve en plenitud de esas potencialidades; por lo general bastan cuarenta o cincuenta fonemas, es decir, cada lengua selecciona, por decirlos así, entre todos los fonemas que es capaz de articular el hombre un cierto número con el cual construye su sistema fonológico.

El número de fonemas es diverso según las lenguas; así, el indostaní tiene 48 consonantes de las cuales 39 proceden del sánscrito y las demás del turco y del árabe; el inglés posee sólo 20 y el griego 17. Las lenguas polinesias tiene diez consonantes cuando más y algunas lenguas australianas sólo 8. El sistema fonético de los indios mohawks no tiene consonantes labiales (M, P, B) y sus hablantes encuentran ridículos a los extranjeros que cierran la boca periódicamente cuando hablan sus extraños idiomas. Muchas comunidades lingüísticas de las Islas de los Mares del Sur no tienen guturales. Las lenguas semíticas tiene muchas consonantes laríngeas y faríngeas. El copioso sistema fonético del sánscrito no tiene ni E ni O cortas, ni sibilantes suaves, ni F. Tampoco tiene F el finés, el lituano y el mongol. En chino y en las lenguas de los indios mejicanos y peruanos no ha D. Muchas lenguas polinesias no tienen S. Los descubridores del Brasil, al observar que en las lenguas de los indios no había F, L ni R, afirmaron que sus hablantes no tenían ni FE ni LEY ni REY. En el sistema fonético de vastas regiones de China no ha R, de manera que dicen ia-me-li-ka en vez de América y ki-li-ne-tu en vez de Cristo³²⁷.

Cada lengua tiene su sistema propio de fonemas; al aprender la lengua materna nos ejercitamos en el uso de su sistema de fonemas y nos resulta difícil pronunciar los que no están contenidos en él. Esta mogilalia con respecto a los fonemas no existentes en la lengua materna, muestra que nuestros órganos articulatorios se han acostumbrado a funcionar de acuerdo con las exigencias fonéticas de ésta. Están como dispuestos y montados para realizar el sistema propio y tienden a conservar esa disposición y ese montaje cuando hablamos una lengua extranjera; los fonemas nuevos o bien son sustituidos por otros parecidos o bien se incrustan dentro del sistema propio, haciéndole violencia y dando lugar a lo que se llama acento extranjero.

Esta adaptación de los órganos articulatorios al sistema fonético de la lengua materna se llama base articulatoria o base fonética. “La base fonética comienza no en la posición de reposo, sino en la posición de trabajo que adoptan en cada comunidad lingüística los órganos articuladores. Desde esa específica posición de los órganos se desarrolla la cadena de articulación según un modo también específico de memoria motriz. Estos dos aspectos forman la base fonética de una lengua”³²⁸.

¿Disponen todos los hombres de los mismos recursos somático-anatómicos para la praxis verbal y son las diferencias en el uso de esos recursos (las diversas bases fonéticas) de orden

³²⁶ Lenguaje es, en todos sus aspectos, articulación. Vide E. Otto, *Sprache und Sprachbetrachtung*, 1943, p. 24 y ss., y *Sprachwissenschaft und Philosophie*, 1949, p. 23; G. Révész, *Die Sprache*, *Nederls. Akad. Van Wetenschappen, Proceedings*, vol. XLIII, N° 8, 1940, pp. 1070-1081, y *Die menschlichen Kommunikationsformen und die Sogenannte Tiersprache*, *ibid.*, p. 1230; F. Kainz, *Psychologie der Sprache*, III, 262.

³²⁷ Vide F. Kainz, *op. cit.*, III, 300-301.

³²⁸ Amado Alonso, *Estudios lingüísticos. Temas españoles*, p. 321.

puramente funcional? ¿O es la base fonética parte de la herencia biológica de una comunidad? ¿Es la base fonética una disposición de los órganos articulatorios específica en cada grupo étnico, o se trata de un estilo de pronunciación habitual en cada comunidad lingüística y transmitido como parte de la herencia cultural? ¿Es la base articulatoria physei y thesei?

Amado Alonso, siguiendo la escuela empirista anglo-norteamericana, piensa que “todos los hombres, constitutivamente, son capaces de articular cualquier sonido lingüístico y de desarrollar no importa qué evolución fonética”, y agrega: “Para mí, la base fonética es un estilo de pronunciación fijado, transmitido y evolucionado en cada comunidad lingüística. Es una realidad cultural y no biológica”³²⁹.

A favor de este punto de vista se han aducido importantes hechos: el entrenamiento puede llevar al dominio de la base articulatoria de una lengua extranjera; los niños de un grupo étnico, cuando crecen y se educan dentro de otro muy diferente, adoptan sin dificultad la base articulatoria de la lengua que se habla a su alrededor y llegan a hablarla como cualquier otro miembro de la comunidad lingüística que los acogió.

El asunto no es, sin embargo, tan sencillo ni tan claro como parece creer Amado Alonso. El eminente sabio holandés Jacques van Ginneken sostiene, con poderosos argumentos, que la base de articulación es biológicamente hereditaria y varía de acuerdo con la mezcla racial del pueblo que la habla³³⁰. Sin llegar a esta tesis extrema, otros representantes de la escuela nativista respaldan a Christian cuando dice: “En mi opinión, está más allá de toda duda que ciertos fenómenos fonéticos, como por ejemplo la preferencia de cierta base articulatoria, están determinados por la forma hereditaria de los órganos del habla”³³¹.

Algunos hechos que tienden a respaldar la posición nativista: niños chinos educados en Europa desde su nacimiento y sin contacto alguno con sus compatriotas no han podido aprender a pronunciar la R, debido probablemente a un chinoanismo parrotacístico hereditario³³²; los niños ingleses de origen celta tienen gran dificultad para pronunciar la H y algunos no la aprenden nunca, de manera que esa consonante aspirada se ha convertido en discriminatorio shibolet social³³³. La forma del paladar, tan importante en la articulación, varía considerablemente de acuerdo con la forma del cráneo, que es hereditaria. El prognatismo y la grandeza labial influyen sobre la formación de las labiales; el prognatismo ibérico cambió la V labidental por B bilabial, fenómeno que también ha ocurrido en las lenguas criollas de los negros³³⁴.

No tomamos partido. Ambas escuelas, la empirista y la nativista, aducen hechos incontrovertibles. Consideramos que la última palabra aún no ha sido dicha en este campo y que es necesario esperar que el progreso de la investigación científica, y no nosotros, decida esta cuestión. Nos sentimos, sin embargo, autorizados a afirmar lo siguiente: sea la base

³²⁹ Ibid., p. 320. De la escuela empirista vide H. Ortel, *Lectures on the study of language*, 1901, p. 194 y ss.; O. Jespersen, op. cit., p. 239; H.L. Koppelman, *Ursachen des Lautwandels*, 1939, p. 8 y ss.

³³⁰ Jacques van Ginneken, *De oorzaken der taalveranderingen*. Medelingen der Kon. Akad. Van Wetenschappen. Afd. Letterkunde. Deel 59, Serie A, N° 2, 1925, p. 13 y ss.

³³¹ V. Christian, *Untersuchungen zur Laut- und Formenlehre des Hebräischen*, 1953, en *Sitzungsberichte der österreichischen Akademie der Wissenschaften, Phil.-Hist. Klasse*, vol. 238, 2° Tratado.

³³² G.e. Arnold, op. cit., p. 268.

³³³ F. Kainz, op. cit., III, 303.

³³⁴ Ibid.

articulatoria biológica o culturalmente hereditaria, sea que mutaciones anatómico-funcionales de origen histórico-cultural se hagan hereditarias, no cabe duda de que cada lengua tiene una base articulatoria diferente de las demás y que es muy difícil –en algunos casos imposible- cambiarla.

Ahora bien, las múltiples comunidades lingüísticas de origen africano y las aún más numerosas de origen indígena, cada una con una base articulatoria diferente, que hubieron de aprender español o portugués en América, tuvieron que influir sobre el acento del mestizo latinoamericano. Sí, hablamos español o portugués, pero con un acento particular en el cual se manifiestan los esfuerzos de adaptación fonética que hubieron de hacer nuestros heterogéneos ancestros.

No se han hecho hasta la fecha –salvo contadas excepciones, el trabajo de Rodolfo Lenz, por ejemplo- estudios de fonética comparada en los cuales se examine con rigor científico la influencia sustratista africana e indígena sobre la acento del habla latinoamericana. He aquí un campo abierto para futuros investigadores.

La nota más característica y la más resaltante del habla latinoamericana es el acento. Al hacer las reflexiones anteriores sobre la voz, los factores musicos y la base articulatoria en relación con el habla, hemos intentado mostrar que el acento latinoamericano merece especial atención por parte de los que quieren comprender a la América Latina y que estudio científico es posible y sería fecundo.

Los siete temas tratados en este capítulo procuran demostrar que lo propio de Latinoamérica tiende a expresarse en el habla, ya que el sistema de la lengua no corresponde a su idiosincrasia. Falta agregar que esta situación lingüística es un análogo de nuestra situación cultural; en efecto, las formas culturales que tenemos no corresponden a nuestra idiosincrasia y ésta se manifiesta en nuestra manera de manejarlas. La lengua y la cultura que tenemos nos son extrañas y manifestamos nuestro desacuerdo en una especie de conspiración colectiva inconsciente por entorpecerlas y por expresar esa intimidad nuestra que, no habiendo encontrado sus formas propias de alineación, sufre un extrañamiento de segundo grado al verse prisionera en la alteridad lingüística y cultural de otros pueblos.